

Carlos Alemián: nuestro “Calibán” porteño. Un homenaje agradecido

Alcira B. Bonilla

Cuando el 23 de mayo de 2007, a pocos días de las XIII Jornadas de Pensamiento Filosófico de FEPAI, falleció nuestro recordado amigo y colega Carlos Alemián, le escribí a Celina Lértora unas palabras que brotaron de la admiración, respeto y afecto que sentí (y siento) por Carlos desde que lo conocí unos cuantos años antes de la existencia de FEPAI. Ella tuvo a bien publicarlas en las *Actas* de esas Jornadas, entre otras adhesiones al homenaje que rindió FEPAI a su asiduo colaborador durante más de veinte años. Reproduzco el final del párrafo que le dediqué porque allí expresa el sentido de mi intervención de esta tarde: “Transformar el dolor enorme que nos provoca su muerte en recuerdo activo de lo que significó para nosotros durante su existencia es el homenaje que le debemos”. En razón de esto, no me voy a referir a la biografía ni a la producción intelectual completa e intensa de Carlos, que tuvo muchas facetas, la de profesor de enseñanza superior y universitaria, periodista, directivo de FEPAI, organizador del Postgrado en Filosofía Argentina e Iberoamericana de la UNSAL, ensayista, pensador activo y reflexivo que militó a favor del reconocimiento público y político del genocidio armenio (y de todos los genocidios) y por una docencia e investigación activa del pensamiento y la situación nuestro americana.

En lo que sigue sólo intentaré dar satisfacción al objetivo de celebrar la memoria de Carlos, considerando un tema que él trató una y otra vez, y que dejó inconcluso, con borradores, incluso, de los que nos beneficiamos sus amigos. Por consiguiente, y como contribución a esta Jornada, basándome entre otros en algunos textos de Alemián y en conversaciones mantenidas con él, intentaré desarrollar tres hipótesis sobre un modo de entender y de hacer filosofía que nos recorre y nos agita desde México y el Caribe hasta el extremo sur de “Nuestra América” prácticamente desde comienzos de la dominación europea:

Hipótesis 1: el ensayo político-filosófico es la producción filosófica más original de Nuestra América.

Hipótesis 2: los personajes principales de *La Tempestad* de William Shakespeare (Próspero, Ariel, Calibán, Miranda, Sycorax), toman vida propia en el ensayo filosófico-político nuestro-americano (también en obras poéticas y teatrales, aunque en menor medida) y se convierten en “personajes conceptuales” en los que el pensamiento de estas latitudes despliega su originalidad, tensiones y conflictos.

Hipótesis 3: con el correr del tiempo, el personaje conceptual “Calibán”, al que tomo igualmente como centro de desarrollos fecundos bajo los rótulos de “canibalismo”, “antropofagia” (O. de Andrade) o “fagocitación” (R. Kusch), se convierte en foco de estas preocupaciones.

Hipótesis 1: el ensayo político-filosófico es la producción filosófica más original de Nuestra América.

Más allá de su significación económico-política, el acontecimiento denominado “descubrimiento” de América constituye también un hito fundamental para el pensamiento en general, cuyas consecuencias más relevantes pueden sintetizarse como sigue: 1) el ensanchamiento de los horizontes intelectuales motivado por el conocimiento de culturas, religiones e idiomas; 2) la renovación de los problemas fundamentales, con impacto notable en la antropología, la filosofía del derecho y la filosofía política; 3) la formación de un pensamiento mestizo, cuya originalidad o carácter sincrético ha sido motivo de discusiones ya seculares; y 4) la aparición de dos géneros específicos de escritura predominantemente

filosófico-política: la utopía, con el texto homónimo fundacional de Thomas More de 1516, y el ensayo, que comienza, al menos expresamente, cuando Michel Eyquem de Montaigne en su castillo, rodeado de libros y experiencias, se entrega a partir de 1551 la composición de sus *Essais*, entre otros, el famoso ensayo “De Cannibales”, escrito bajo el impacto del desembarco de N. D. de Villegagnon en la “Francia Antártica” en 1557.

No voy a extenderme sobre el particular. Nombro simplemente a uno de los mayores estudiosos de ambos géneros en Nuestra América, el uruguayo Fernando Aínsa. De sus trabajos sobre el ensayo, extraigo las siguientes características, todas ellas aplicables a buena parte de la escritura de Carlos Alemián. Señala Aínsa que este género utilizado para que los europeos reflexionaran sobre la singularidad del Nuevo Mundo sirvió a los americanos para conocerse e identificarse a sí mismos, y encuentra antecedentes del mismo en el Sermón navideño de Antonio de Montesinos en 1511 o en *La relación de la destrucción de las Indias* de Bartolomé de Las Casas (1552). “A partir de entonces –dice Aínsa-, el pensamiento latinoamericano se expresa a través de este género marcado por la urgencia y la intensa conciencia histórica; elabora diagnósticos socio-culturales sobre la identidad nacional y continental [...]; reflexiona sobre la diferencia y la alteridad, sobre lo propio y lo extraño en ese inevitable ‘juego de espejos’ entre el Viejo y el Nuevo Mundo” (2005); y también, podemos añadir, entre una y otra América, la del Norte y la del Sur, la de la civilización y la de la barbarie, etc.. Las funciones crítica, desmitologizadora, didáctica y moralizante del ensayo atraviesan toda la historia nuestro americana con ironía y pasión; el ensayo es muestra de nuestra heterogeneidad y de nuestras búsquedas; pensamiento *in fieri*, como nuestros países, en el que queda consagrado el derecho al diálogo de cada individuo y de cada cultura en pie de igualdad.

Hipótesis 2

Antes de referirme a la segunda hipótesis, haré un breve rodeo por el ensayo “De Cannibales” ya mencionado. Constituidos el “mismo” y el “otro” como figuras intercambiables en el acto del encuentro debido a la experiencia de extrañeza mutua (esa “verificable accesibilidad de lo originariamente inaccesible”, según E. Husserl), sin embargo, las escenas que siguen en general están teñidas, como bien sabemos, por la constitución del europeo como un “mismo”, que intenta de diversas maneras el dominio del otro, y las respuestas de este último que van desde la sumisión a la resistencia y la rebelión. Curiosamente “De Cannibales” resulta un paso más allá de la extrañeza. Al interrogarse sobre la condición del otro en los términos conocidos: el “bárbaro”, el “salvaje”, Montaigne va realizando empero alambicadas operaciones, de tal modo que el extraño será el mismo que intenta decir al otro (un modo de dominación) y acaba siendo dicho por el otro (un paso, quizá, hacia un encuentro libre de dominación). El otro convierte al mismo en otro para sí y lo “dice”. Como resulta bien conocido, Montaigne desmonta la extrañeza a partir de sus consideraciones sobre el canibalismo y la poligamia que en lugar de mostrar la barbarie son en su texto signo de la ciencia ética del salvaje, en un espejo invertido de la ética europea: frente a la ética de los vencedores, la del heroísmo del vencido; frente a la ética androcéntrica, la ética de la fidelidad y del servicio.

Este texto magistral publicado en 1580 fue conocido por Shakespeare a través de la traducción de John Florio en 1603. Si Montaigne había creado el término “caníbal” a partir del nombre de los caribes, aunque aplicándolo a los indígenas del Brasil, parece que el dramaturgo no produjo realmente una modificación del nombre, sino que, aprovechando la vecindad fonética, derivó su “Calibán” para la pieza de 1613 del término gitano “*cauliban*” (negro, oscuro) presente en el imaginario de sus espectadores con mayor eficacia que el de los lejanos indígenas americanos.

Ahora sí estamos en condiciones al menos de volver a enunciar la segunda hipótesis: los personajes principales de *La Tempestad* de Shakespeare (Próspero, Ariel, Calibán, Miranda, Sycorax), toman vida propia en el ensayo filosófico-político “nuestro-americano” (también en obras poéticas y teatrales, aunque en menor medida) y se convierten en “personajes

conceptuales” en los que el pensamiento de estas latitudes despliega su originalidad, tensiones y conflictos. Los avatares de esta tradición están expuestos, si bien no de modo exhaustivo y con fuerte apuesta política en las sucesivas ediciones y reformulaciones del ensayo de Roberto Fernández Retamar “Calibán, apuntes sobre la cultura de Nuestra América” de 1971, que tuvo enorme influencia en los debates sobre la identidad cultural de América Latina, como señala Eduardo Vior “[...] por su perspectiva abarcadora, la radicalidad de su planteo y el contexto de su origen” (2001). Dejando de lado esta larga historia, sólo debo señalar como el otro gran personaje conceptual al *Ariel* de José Enrique Rodó, aparecido en 1900.

Hipótesis 3

Y ahora, siguiendo a nuestro recordado amigo y colega Carlos Alemián, me atrevo a enunciar y a desarrollar en diálogo con él, la hipótesis 3: con el correr del tiempo, el personaje conceptual “Calibán”, al que tomo igualmente como centro de desarrollos fecundos bajo el rótulo de “canibalismo”, “antropofagia” o “fagocitación”, se convierte en foco de estas preocupaciones.

Para seguir de modo más fiel el hilo discursivo de Carlos, me baso sobre todo en dos escritos suyos: *Nuestra situación latinoamericana*, libro de 2005, y “Los avatares de Calibán”, inédito del año siguiente. Este “asunto escurridizo” para la filosofía, que es la América Latina, desvela, creo que desde un comienzo, el pensamiento de Carlos en la búsqueda de coordenadas teórico-prácticas que permitan su irrupción o la marcha práctica de sus sujetos, sus acciones significantes. Y así las derivas de una ensayística rigurosa (si cabe la paradoja) lo llevan por análisis de las hablas, las identidades, el poder, la globalización, el mestizaje, la antinomia nacional-universal... y tantos temas más. Sin embargo, a mi humilde entender de interlocutora admirada, todo ello ha brotado de un *pathos* por así decirlo “calibanesco”. Esto queda muy claro cuando recorremos las breves páginas del escrito antes citado.

Aborda Carlos la dupla Ariel-Calibán, partiendo del contraste de este último con el renacentista Próspero, su amo. Así puede señalarse a Calibán como la “figura negativa”, la “retaguardia” de la vida americana que, si bien cobra vida simbólica en el umbral del siglo XX, ya quedaba prefigurado por Mariano Moreno y su jacobinismo antropófago. Valiéndose de la analogía, Carlos señala la presencia de la dupla mencionada ya desde los comienzos emancipatorios: una elite ilustrada (Ariel) que posee y asume la energía calibanesca de la rebelión. En el texto de Carlos la deriva reflexiva pasa por los varios protagonistas de esta historia de pensamiento colonial y resistencia, sobre todo a través de las distintas transfiguraciones del Calibán de la mirada hegemónica europea y del reivindicado desde estas costas (incluidos de los “cabecitas negras” del ’45, irrupción de las masas populares mestizadas en la escena del pálido *meeting pot* argentino). Ariel-Calibán en dupla creadora se encuentran en los textos de Fernández Retamar; Ariel, intelectual del impulso crítico, que se junta en la acción liberadora con la rebeldía calibanesca. Calibán, una praxis, un conato liberador; Ariel, la ruptura del discurso imperial, su disfunción; ambos, bajo presión. “Seguimos soñando”.

Gracias, Carlos, por habernos sostenido en la amistad y en esta utopía de “Nuestra América”.